

LA CIUDAD Y EL PATRIMONIO URBANO
COMO FORJADORES DE IDENTIDAD

Francisco Valverde Fernández, Candelaria Sequeiros Pumar
y Miguel Loma Rubio

Universidad de Córdoba
delvafef@uco.es / delsepuc@uco.es / gtlorum@uco.es

En esta comunicación proponemos la ciudad y su patrimonio urbano como núcleos de interés idóneos para favorecer el proceso de construcción de la identidad. La ciudad, crisol multicultural por su devenir histórico, actúa como espejo en el que se reconoce la identidad individual y colectiva a nivel local, a la vez que posibilita su trascendencia hasta llegar a la adquisición de unas señas de identidad más amplias de carácter universal. En este proceso el sistema educativo puede jugar un papel fundamental.

* * * *

La identidad puede considerarse un concepto complejo y difícil de definir, pero como punto de partida podemos aceptar que es el conjunto de referentes en los que el individuo se reconoce individual y colectivamente.

De esta afirmación se deducen los dos niveles que conforman nuestra identidad: el individual y el colectivo. El primer nivel lo adquirimos fundamentalmente de una manera intuitiva y afectiva y es producto del contacto con el medio más inmediato.

El segundo nivel, la identidad colectiva, aunque también tiene esos componentes, se enriquece si se le añade el conocimiento sistemático que proporciona el aprendizaje, lo que, además, posibilita la superación de lo inmediato y pone al individuo en contacto con referentes de mayor envergadura y de significación mucho más amplia que le permiten alcanzar los valores universales.

Este segundo nivel, desde la aparición del estado/nación, ha tenido un doble componente: el local y el nacional. Más recientemente y hasta nuestros días se han añadido otros niveles: el nacional no necesariamente estatal (regional, autonómico), y el supranacional, hasta llegar a lo global. Por eso ahora el proceso de formación de la identidad colectiva pivota sobre referentes contrapuestos que van de lo local a lo global, y que intentan, frecuentemente, anularse los unos a los otros.

Efectivamente, en relación con lo anterior, podríamos decir, con palabras de CASTELLS, que «la oposición entre globalización e identidad está dando forma a nuestro mundo y a nuestras vidas»... y que «esta nueva forma de organización social, en su globalidad penetrante, se difunde por todo el mundo, ... sacudiendo las instituciones, transformando las culturas, ...» (CASTELLS, 1998: 23).

Pero a la vez, en el mundo actual, también experimentamos otro empuje diferente y contrario que se manifiesta como un resurgir de la identidad colectiva que desafía la globalización y el cosmopolitismo en nombre de la singularidad cultural. Esto se explica porque el proceso de globalización tecnoeconómica que está moldeando nuestro mundo está siendo desafiado, y acabará siendo transformado, desde una gran diversidad de fuentes, según culturas, historias y geografías diferentes.

Creemos que en los párrafos anteriores se pone de manifiesto el enfrentamiento del que venimos hablando, la pugna entre lo local y lo global, pugna que solo alcanzará sentido si se logra una identidad integradora, que asuma los valores locales pero que se enriquezca también con otros de mayor significación. Porque en esa dualidad a la que aludimos, local/universal, ambos extremos tienen que respetarse y contribuir al enriquecimiento personal. Lo local no debe ignorar otros ámbitos mayores, pero lo universal no puede empobrecer lo local. La globalización cultural, la aldea global, es un logro si nos enriquecemos conociendo y asumiendo múltiples variedades culturales, pero deja de serlo cuando la globalización significa estandarización e imposición de un modelo cultural concreto y colonizador, por bueno que sea, en detrimento de otras culturas.

Se trataría, a nuestro entender, y en palabras de MUÑOZ SEDAÑO, «de ... formar ciudadanos de la humanidad. Este intento no implica la negación de la filiación y el compromiso psicosocial con otros niveles comunitarios menos amplios, empezando por las comunidades «locales», ... siguiendo por las «regionales»... pasando por las «nacionales»... sin olvidar las «transnacionales». Ahora bien, el final... debería ser la ciudadanía «global». Se trataría de formar la imagen de un ciudadano con varias identidades colectivas concéntricas, inclusivas y no excluyentes: más aún, interdependientes...» (MUÑOZ SEDAÑO, 1997: 19).

Atendiendo a estos planteamientos, y desde la experiencia de nuestro grupo de investigación, queremos proponer a la ciudad y al patrimonio urbano como uno de los núcleos de interés que pueden ayudar al alumnado a culminar satisfactoriamente el proceso de construcción

de su identidad. Y hacemos esa propuesta porque la ciudad puede ser uno de los hilos conductores que nos permita pasar desde nuestra realidad personal a los diferentes círculos (local, comarcal, regional, nacional, estatal, etc.) que pueden formar la identidad global.

Dicho de otra manera, en este proceso, en la tesis identidad/localidad/globalización/proponemos la ciudad como núcleo potenciador de la identidad del individuo, porque lo pone frente al espejo de sus raíces culturales y porque le abre otras perspectivas, ya que la ciudad en sí misma es, comúnmente, sobre todo las ciudades con un rico pasado, crisol multicultural.

Como todos sabemos, en la mayoría de los casos, la ciudad, es el resultado de un largo proceso de configuración en el tiempo, fruto de la actuación de diferentes pueblos, culturas, y realidades. Por tanto, esta variedad, esa riqueza, estas posibilidades que el estudio de la ciudad nos ofrece no debemos desaprovecharlas, sino que, al contrario, debemos utilizarlas con el convencimiento de que esa realidad multicultural nos posibilitará ofrecer una formación que permitirá la forja de una identidad con raíces en lo local pero también abierta a lo plural.

No debemos perder de vista, además, que la ciudad, entre sus diferentes elementos configuradores, atesora un importante legado patrimonial, donde se proyectan sus singularidades históricas y ambientales. Esto es así porque el patrimonio urbano es fruto de una serie de factores geográficos, políticos, económicos, sociales y religiosos que, tamizados por el tiempo y por la historia, han acabado configurando los elementos y las características esenciales de las diferentes comunidades, lo que explica que los ciudadanos se sientan reflejados e identificados con ese patrimonio que es, en definitiva, la decantación de su pasado, de su historia.

Este patrimonio, en los momentos actuales, además, es percibido como un legado que debemos disfrutar y que necesita de nuestro respeto, protección, conservación, mejora y difusión, no solo para mantenerlo y disfrutarlo, sino también para legarlo a las generaciones futuras para que puedan seguir encontrando en él sus señas de identidad. Y todo ello no hace sino comprometernos intelectual y afectivamente con el patrimonio urbano lo que, sin duda, acabará reforzando nuestras propias señas de identidad.

Por tanto, no dudamos en afirmar que la localidad y su patrimonio son elementos esenciales en la creación de la identidad personal del individuo que, además, se convierten en su centro primario de experiencias, y a los que identifica como su realidad más inmediata, como su círculo de identificación primario o local.

Pero a la vez, tampoco dudamos en afirmar que la localidad y el patrimonio urbano ayudan también a conformar la identidad del individuo a escalas más amplias, que trascienden y rebasan el ámbito estrictamente local.

Así, la estructura, la morfología de la ciudad, su trama urbana, su caserío, sus espacios libres, sus edificios singulares, etc., son el resultado de una construcción espacio temporal que, comúnmente, han sido el resultado de la aportación de las diferentes culturas (con sus diferentes interpretaciones artísticas, funcionales, simbólicas, etc.) que se desarrollaron en su suelo

en momentos distintos y en distintos contextos socio-político-económicos. Nuestra identificación con esa realidad rica y compleja conforma nuestra identidad local, porque nos reconocemos en ella; pero esa misma realidad local también nos pone en contacto con otras culturas, con otras realidades semejantes que perviven en el patrimonio urbano de otras ciudades como resquicios de la historia. Comúnmente esa riqueza histórico-cultural es la que conforma los cascos históricos de nuestras viejas ciudades europeas. En muchos de ellos, como sabemos, encontramos con relativa facilidad elementos —ya sean arquitectónicos, artísticos, urbanísticos etc.—, comunes a todos ellos, que también están presentes en nuestro medio. Este hecho nos pone de manifiesto la existencia en el pasado de corrientes culturales y de pensamiento comunes a un ámbito geográfico que excede el meramente local, lo que nos permite, al identificar aquellos elementos con los existentes en nuestra ciudad, reconocernos también como miembros de entidades culturales superiores que superan el marco estrictamente local y el nacional y sentirnos a la vez identificados con determinadas áreas culturales, que en nuestro caso serían la europea occidental o la mediterránea.

Pero la ciudad no es solo un constructo físico rico y complejo, lo que ya es mucho, sino también el ámbito en el que se desarrolla la vida de sus ciudadanos con actividades funcionales (de producción, intercambios y servicios) y con manifestaciones culturales de todo tipo: lengua, folclore, gastronomía, actividades lúdicas, religiosas, etc. Todas ellas constituyen su acervo socio-cultural, producto de una larga evolución en el tiempo, el cual, a poco que profundicemos en su conocimiento, se nos revela como producto de la vida local, pero también como resultado de la impregnación de ésta de las aportaciones culturales foráneas acaecidas a lo largo de la historia, y, por tanto, susceptibles también de ser reconocidas por el individuo más allá de los límites culturales de su localidad o de su nación.

Por tanto, el hecho de que muchas de las características que configuran nuestra ciudad sean comunes, con los mismos o con otros matices, a las de otras ciudades puede contribuir a que superemos el ámbito meramente local y a posibilitarnos el reconocimiento de nuestra identidad en ámbitos foráneos, porque debemos entender que lo autóctono no es exclusivamente creación nuestra por muy enraizado que lo veamos en nuestro paisaje urbano y nuestra idiosincrasia, sino que con frecuencia es fruto de las aportaciones que otros pueblos y otras culturas nos han hecho a lo largo del tiempo. Y, del mismo modo, ello se refuerza si consideramos también que nuestros logros han trascendido nuestra esfera meramente local y han contribuido a forjar unas concepciones culturales que han irradiado también a otros ámbitos foráneos.

Pero, además, debemos tener en cuenta que las ciudades no son sólo pasado, sino que también son «un todo urbano complejo al que el devenir de los acontecimientos históricos ha estructurado en una realidad multiforme... (cuyo urbanismo presenta, en la mayoría de los casos), ... una clara dualidad morfofuncional entre el recinto intramuros de la ciudad (casco

histórico) y la expansión reciente extramuros o periferia» (LOMA, SEQUEIROS, VALVERDE, 2000: 189).

No podemos olvidar, por tanto, a la hora de valorar el papel que la localidad y el patrimonio urbano juegan en la formación de la identidad o identidades de los individuos, las aportaciones que en este sentido puede ofrecernos la ciudad nueva, la ciudad periférica que se ha construido en un pasado más cercano, que es el resultado de unos estereotipos constructivos uniformes que se han difundido de manera casi idéntica por todo el mundo. La interiorización de esa uniformidad generalizadora también nos puede hacer superar los localismos y hacernos tomar conciencia de que somos producto de una realidad cultural que trasciende nuestro ámbito natural de civilización, el occidental y mediterráneo, y que amplía, por tanto, el horizonte de nuestra identidad acercándolo a parámetros mucho más universales, con los que todos nos sentimos identificados.

Pero también debemos tener en cuenta que en esta ciudad moderna, al igual que ocurría en la ciudad histórica, además de los elementos morfológicos, de su realidad construida, también debemos tener en cuenta sus aspectos funcionales y los modos de vida y de relación de los ciudadanos ya que su análisis y estudio también pueden servirnos para comprender la identidad colectiva de la que venimos hablando. En este sentido queremos hacer las apreciaciones que detallamos a continuación.

De un lado queremos poner de manifiesto que en el proceso de urbanización, actualmente imparable, es la propia vida urbana la que ha creado, la que ha posibilitado, la globalización tecnoeconómica y cultural, uniformizadora de modos de vida y comportamientos. Efectivamente, son las ciudades, empezando por las grandes metrópolis, las que al desarrollar su papel como controladoras de la vida económica mundial, han desarrollado unos medios de comunicación y relación que, apoyados en los avances técnicos, han contribuido a la difusión de modos de producción y distribución no solo de mercancías, sino también de ideas y de modos de vida. El entendimiento de esa implicación de la vida urbana en esos flujos globales de las relaciones socioeconómicas y de las ideas nos evidencia que la vida local ciudadana no se agota hoy en ella misma, sino que se explica por su inserción en esa red urbana cada vez más global, mundial.

Por otro lado, esta ciudad actual se ha configurado con múltiples contradicciones internas en la que no todos sus habitantes tienen las mismas oportunidades. Ello conforma una ciudad segregadora morfológica y funcionalmente, cuyas contradicciones se multiplican continuamente en los momentos actuales con el aluvión inmigratorio. Pero, afortunadamente, cada vez más, la ciudad pretende ser una construcción de un mayor número de agentes y, junto a los tradicionales actores de la ciudad (los poderes institucionales y económicos), los colectivos ciudadanos reclaman su derecho a intervenir, porque actualmente aparece «una nueva consideración de la persona del ciudadano como habitante de la *polis*, que le lleva a

participar en los asuntos cívicos que afectan a su lugar de residencia... De esa manera, los ciudadanos adquieren una triple capacidad (de acción, de decisión y de formación) que les lleva a dominar la ciudad y no a ser su víctima» (GARCÍA MARTÍNEZ, 1996: 135 y 140). En ese contexto se trataría de la construcción democrática de la ciudad abierta a todos e integradora de diferentes modos de vida, culturas y etnias. Como consecuencia de ello, entendemos que una característica más de la identidad ciudadana sería la de tomar conciencia de esas contradicciones de la vida urbana y comprometerse con su resolución. Esta actitud daría pie, por otro lado, a facilitar la adquisición de esas señas de identidad abiertas a todos aquellos colectivos foráneos que se incorporasen a nuestra vida ciudadana.

En resumen, si consideramos a la ciudad en todos sus aspectos, urbanísticos, sociales, culturales..., y tenemos en cuenta su legado histórico y su realidad actual, encontraremos en ella y en su patrimonio elementos suficientes que nos permitirán forjar nuestra identidad personal y conformar a la vez la identidad múltiple por la que abogamos, que debe configurarse mediante círculos concéntricos, inclusivos y no excluyentes que nos permitan trascender de la escala de lo local a lo regional, lo nacional y lo supranacional.

Y antes de acabar, queremos poner de manifiesto que en todo este proceso la escuela, el sistema educativo, tiene un papel indudable al contribuir de manera definitiva en la formación de la identidad del individuo en todas sus facetas, proceso que debe procurar que sea fruto de un aprendizaje reflexivo, crítico y libre. Debe, además, intentar construir una identidad globalizadora, en la que se integren los aspectos positivos y complementarios de los diferentes niveles, desde lo local a lo supranacional, ya que deberíamos «acabar con el planteamiento etnocéntrico que aún domina gran parte de las Ciencias Sociales en el momento preciso en que nuestras sociedades han quedado interconectadas globalmente y entrelazadas culturalmente» (CASTELLS, 1998: 25).

El introducir en la escuela el estudio de la ciudad desde esta perspectiva no solamente contribuye al desarrollo personal, cultural y social del alumnado, sino que estimula su vinculación con su medio sociocultural y además favorece el fomento de la construcción de las diferentes esferas de su identidad. Porque al enfrentarse el estudiante con su ciudad y al conocerla se encuentra con una realidad de múltiples aristas y que es producto del pasado pero que sigue construyéndose en el presente; que es heredera de aportaciones históricas, geográficas, artísticas... que configuran su legado patrimonial patente, sobre todo, en sus recintos históricos, pero que, a la vez, es una estructura urbana en eclosión y crecimiento, con nuevos modos constructivos, nuevas expansiones y nuevos problemas. Y en todos esos aspectos, además, a poco que se profundice en ellos, están patentes tanto la huella histórica como el presente no sólo de los hombres y mujeres que viven esta ciudad, sino sus relaciones con otras personas y otras culturas con los que mutuamente se han intercambiado experiencias. El conocimiento, la valoración y la interiorización de esos intercambios se convierte en uno de

los puntos que actúa de nexo de unión entre lo local y otros ámbitos, nexo que posibilita la construcción de esa identidad globalizadora de niveles concéntricos (de lo local a lo global) que planteamos como uno de los retos actuales del sistema educativo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CASTELLS, M. (1998): *La era de la información. Economía sociedad y cultura. Vol. 2: El poder de la identidad*, Madrid, Alianza Editorial.
- GARCÍA MARTÍNEZ, A. (1996): «Educación y entorno social: la polis como recurso pedagógico», en *Anales de Pedagogía*, nº 14, Universidad de Murcia, pp. 131-144.
- LOMA, M.; SEQUEIROS, C. y VALVERDE, F. (2000): «El patrimonio urbano y su utilización didáctica en el curriculum de los educadores sociales» en *Reflexiones y experiencias de Educación Social en Andalucía*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, pp. 187-190.
- MUÑOZ SEDAÑO, A. (1997): *Educación intercultural. Teoría y práctica*, Madrid.